



CAPÍTULO XVIII

La Eucaristía, las Bellas Artes y las Artes mecánicas.

SUMARIO

Qué son las artes?—Todas las artes se han estimulado por bendecir á la Santa Eucaristía.

I.—Poesía: Poetas de todos los siglos y lugares, que pulsaron la dorada lira de este arte en obsequio y defensa de la Divina Eucaristía.

II.—Elocuencia: ídem de ídem.

III.—Canto y música instrumental y escrita: ídem de ídem.

IV.—Artes ópticas.—Iconografía: Dibujo, Pintura, Litografía y Fotografía; ídem de ídem.

V.—Iconografía: Glíptica, Bajo, Medio y Alto relieve; Escultura, ídem de ídem.

VI.—Arquitectura, ídem de ídem.

VII.—Indumentaria, ídem de ídem.

VIII.—Mueblaje, ídem de ídem.

IX.—Joyería, ídem de ídem.

X.—Mímica, Orquímica, ídem de ídem.

XI.—Floricultura, Diplomática, Numismática. ídem.

XII.—Artes mecánicas.—Cerámica, Vidriería; Carpintería; Broncería, ídem.

XIII.—Conclusión: Las artes deben todo su desarrollo y perfección al Sacramento del Altar, y sus producciones en favor de Él son prueba evidente de su real existencia.

Al producir el Eterno los seres que nos rodean, mirólos con apacible sonrisa, cual perfecto artífice que se complace en las acabadas obras salidas de sus manos. Esta dulce mirada simbolizaba la gloria que su Autor esperaba reportar de tales concepciones, si éstas, no olvidando su deber, procuraban adquirirla. El hombre, á quien se facultó plenamen-

te para administrarlas y lucrar con ellas mayor honor y reputación, debía poner en juego todos los resortes de su agudo y feliz ingenio, para devolver á su Eterno Dueño, doblados, los talentos que Él le otorgara. Las Bellas artes: esas semiespirituales obras que arroban al que detenidamente las contempla, puesto que son girones arrancados de la invaluable púrpura con que se cubre la Divina belleza; hálitos purísimos desprendidos del Ser infinitamente bello; ecos armoniosos que este mismo Ser de vez en cuando hace repercutir en la humana inteligencia; pinceladas fogosas que sobre el numen dispuesto trazara: son las llamadas en todos los siglos á pregonar las grandezas de su Autor, las excelencias de Dios y de su Hijo Jesucristo. Esto han patentizado en todas las épocas, resonando los loores de Cristo, pero de Cristo Sacramentado, de Aquel Señor que por nuestro bien se ha dignado morar con nosotros. Y en efecto: si toda la Creación dirige los refulgentes rayos de sus bellos efectos hacia su Creador, porque no puede menos de enviarlos; si cualquier ser de esta creación hermosa, por microscópico que se le suponga, aúna sus fuerzas con los demás para entonar himnos mil de alabanza hacia la Religión fundada por el Autor de lo criado, porque esa es su necesaria ley; y si toda la Religión, con sus dogmas, con su moral y con su culto, converge hacia el centro de la misma, único en su especie, peculiar en sus efectos, bello cual ninguno, radiante más que el sol; hacia la Divina Eucaristía, centro de la Iglesia y arquicentro del universo, porque tampoco puede dejar de propender á Ella, unirse con Ella y depender de Ella: es evidente que las artes, y con mayor razón las artes nobilísimas, han de encomiar en todos tiempos al Sacramento del Amor.

La *Poesía*, cual ave en la enramada que canta á su enamorada consorte los dulces afectos, mezclados con los alegres y continuados trinos, de su exiguo ser, expresa en sus armoniosas rimas, enlazadas con el sonoro verso, las glorias eucarísticas; la *Elocuencia* predica incansable estas mismas glorias con su variada y feliz expresión y energía de afectos; la *Literatura* concibe mil ideas, combina las palabras

más hermosas, ordena las frases más dulces y presenta un todo admirable del que se deslizan insensiblemente las arrobadoras cláusulas para confirmar tan alto Misterio; el *Canto* envidia las voces querúbicas, pretende llegar más allá de las inefables melodías angélicas, y para satisfacer su deseo de honrar á Cristo Sacramentado, abre su numen, examina sus facultades más inapercibibles, registra el oído, contempla su máximo gusto y, practicando heróico esfuerzo, se expresa con tan dulces consonancias que enternece á los oyentes; la *Música*, ese arte divino capaz de cambiar repentinamente las pasiones, para inspirar algo de las bellezas eucarísticas, y á fin de derramarse en sus alabanzas, pulsa el mágico órgano, tañe la angélica arpa, vibra la sentimental cítara, hiere el alegre tímpano, toca la apacible flauta, percute el magestuoso tímbral, golpea los festivos timbres y ejecuta los demás sonoros instrumentos con tal maestría y unión, que sus delicados arpegios, si no extasían las más de las veces, al menos deleitan y enternecen; el *Dibujo*, con sus ligeras líneas y perfectas sombras, ostenta los símbolos y misterios eucarísticos; la *Miniatura*, con sus vivos colores matizados de oro, reproduce en los libros sagrados los actos venerables de nuestro culto; mas la *Pintura*, esa hija del cielo que imprime en el lienzo ó en la pared los sentimientos de la naturaleza, cuando trata de encomiar al adorable Misterio de los Altares, toma sus finos pinceles y, escogiendo los colores más vivos, estampa cuanto hay de bello y sublime en el Sacramento de Amor; la *Fotografía*, reproduciendo fielmente del natural los objetos más notables, y el *Fotografado*, estampando con perfección las reproducciones fotográfico-eucarísticas, engalanan cada día más la preciosa guirnalda que todas las Artes se esfuerzan en tejer primorosamente al Sacramento; la *Glíptica* busca un duro mármol, ó una piedra preciosa y, cogiendo el afilado cincel, hiende con exquisito cuidado estos materiales, y presenta al gabinete eucarístico un dibujo verdaderamente digno de Jesús Sacramentado; el *Bajo, Medio y Alto relieve* se esmeran en ostentar primorosamente en los altares, pasajes que despiertan

la devoción del cristiano; pero la *Escultura*, con su parte de estatuaria y escultura ornamental, atavía de lindos ángeles los altares y tabernáculos, y se desparrama galana por todos ellos, dejándolos dispuestos para reservar al Dios de la gloria; la *Arquitectura* levanta orgullosa sus flechas hacia las mansiones superiores, y sus soberbias cúpulas y gallardos minaretos parece quieren tocar la aldaba de los cielos y llamar al Eterno para que baje á los sagrarios de sus grandiosas basílicas; la *Indumentaria* escoge los más variados primores en su género, y orna los altares y los ministros del Sacrificio; el *Mueblaje* y la *Joyería* cerca de Jesús Sacramentado, es de lo más esmerado, rico y primoroso que se pueda apetecer; la *Orfebrería* y *Bisutería* han fatigado los más esclarecidos ingenios y colocado en derredor y á servicio de la Eucaristía sus tesoros; la *Mimica*, con sus graves ceremonias y curiosas rúbricas y la *Orquéstrica* con sus religiosas y acompasadas danzas, han tributado también su homenaje al Dios de la Hostia; la *Floricultura*, queriendo imitar al reino vegetal, ha logrado poner en obsequio de la Eucaristía sus artísticas flores y variadas rosas; la *Diplomática*, mostrando sus antiguos códices, con el auxilio de una juiciosa crítica, ha sabido vindicar un dogma tan combatido de los herejes; la *Numismática*, con los seculares medallones y medallas de todos los tamaños y precios, nos recuerda el alto concepto que de la Eucaristía tenían nuestros ascendientes en la fe, y el fervor heroico con que amaban á un Misterio tan Divino.

Pero, ¿qué diremos de las artes mecánicas? ¿qué expresiones formularemos para celebrar los difíciles trabajos de *cerámica*, los delicados de *vidriería*, los entretenidos de *carpintería*, los esbeltos de *broncería*, los consistentes de *herrería* y los importantes á la par que acabados de las demás artes? Todas éstas, sin exceptuar ninguna, se han ocupado en honrar al Sacramento; han presentado finos trabajos eucarísticos y se han hecho acreedoras á su eterna bendición. He ahí cómo la Eucaristía ha influído poderosamente en las artes; pero he ahí también, cómo éstas no han

despreciado la atención que les ha tenido el Salvador, antes bien, sus cultivadores han procurado secundar los designios de Aquél, según vamos á bosquejar.

I

Los encantos de la *Poesía* fueron embellecidos en todos los siglos del Cristianismo por los amantes del Deífico Sacramento, al enviar á Éste los ardientes rayos de una fantasía abrasada en las llamas del entusiasmo. Desde el mezquino pareado hasta la más sorprendente oda, el poeta eucarístico recorrió todos los peldaños de la poesía para mostrar con sus bellezas las hermosuras inefables de un Misterio que cautiva nuestro corazón. S. Ambrosio, S. Agustín, Claudio de Viena, el papa S. Dámaso, S. Paulino de Nola, Aquilino Juvenco, Celio Sedulio, Fortunato y principalmente el distinguido español, Marco Aurelio Prudencio Clemente, sobresalieron con sus notabilísimos himnos eucarísticos; sobre todo los de este último fueron incluidos en los breviarios muzárabes para formar parte del rezo eclesiástico. Posteriormente, S. Gregorio Magno, Conancio, obispo de Palencia, S. Leandro, S. Isidoro, S. Julián, S. Braulio, S. Eulogio, Álvaro de Córdoba, el arcipreste Cipriano y Valfrido Estrabón, ilustraron los breviarios y misales con preciosos himnos de diversos y elegantes metros, los cuales cantaba el clero y la escuela de los cantores durante el Sacrificio de la Misa. El siglo X no dejó de enriquecer también la poesía eclesiástico-eucarística con muchos y preciosos himnos, que compusieron S. Notker, autor del *Victimæ paschali laudes*, el monje Herígero y el español Salvio, abad del monasterio Abeldense, el cual, según testimonio de uno de sus contemporáneos, redactó además varias misas que infundían ternura por su especial suavidad. S. Pedro Damiano y Fulberto Carnotense en el XI y Pedro de Cluni en el siguiente, legaron recuerdos eucarísticos en algunos himnos y otros versos que compusieron. El siglo XIII presentó mayor número y mejores vates que los pasados. Santo Tomás de Aquino, autor de los himnos de la festividad del

Corpus; S. Buenaventura, redactor de otros eucarísticos; el franciscano Jacopone, elegante y tierno poeta italiano; y el español Gonzalo de Berceo, de la Rioja, que compuso un poema narrativo acerca del Sacrificio de la Misa, consistente en 1388 versos, llenan el siglo de los santos y de los sabios. Los que brillaron en el XIV, no fueron menos notables. Alighieri Dante, de Florencia y Francisco Petrarca, de Arezzo consagraron su pluma en ornar el cielo de la Eucaristía; este último se distinguió por sus eminentes canciones eucarísticas, cuyo primer verso de la 33, suena así:

Pues hoy tal muestra de su amor y gloria
El soberano Dios al mundo ha hecho,
Dando en manjar su pecho,
Cantad de amor, oh cielos, la victoria....

Las glorias poético-sacramentales del siglo XV son casi todas españolas. Entre las eminencias que las cultivaron, Fr. Ambrosio de Montesino, franciscano y obispo de Cerdeña es, en expresión del P. Solá, el poeta más notable. Escribió el *Tratado del Santísimo Sacramento*, dedicado á la Duquesa del Infantazgo y el Romance de la santa Custodia. Fr. Iñigo de Mendoza, también franciscano, redactó las «Coplas de *Vita Christi*», en forma de cancionero eucarístico. He aquí una de ellas:

Dios te salve, Pan de vida,
Que del cielo descendiste,
Y por nos muerte sufriste
Muy cruel y dolorida.

Poco después, D. Alonso de la Troya, racionero de la Catedral de Toledo, Francisco de la Torre y Hernando del Castillo compusieron otros Cancioneros espirituales, de entre cuyas hermosas rimas se destacan de un modo bellísimo las que pertenecen á nuestro Augusto Misterio.

Sería por demás interminable si hubiera de citar los vates eucarísticos de todas las cultas naciones, que florecieron en los siglos siguientes, así que me concretaré á mencionar los más notables de los muchos que brillaron en nuestro suelo hispano y algunos del extranjero. Entre los que compusie-

ron sonetos al Augusto Sacramento, merecen lugar el Licenciado López de Úbeda, que también redactó un cancionero; el portugués Fr. Andrés de Cristo; el italiano y renombrado Torcuato Tasso y Don Luis Ribera. En romances resplandecieron: Fr. Pedro de Padilla y los Alonsos de Bonilla y de Ledesma. En villancicos, Diego Cortés, Luis Barahona y Juan Bautista Comes. En poemas, el jesuíta inglés Roberto Satuel. En quintillas, Micer Andrés, Rey de Artieda. En canciones, Fr. Adrián de Prado. En estancias, Fr. Luis de León; y en coplas, el Beato Nicolás Factor y Don Juan de Ribera, arzobispo de Valencia. Otros, como S. Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, el francés Racine y la inglesa Luisa de Carvajal, cantaron las glorias sacramentales en diferentes versos; y algunos, como el Doctor Fr. Damián de Vegas, del hábito de S. Juan, las encomiaron en toda clase de versos. Pero los que alcanzaron mayor popularidad por el género de sus raras y estéticas composiciones, fueron los redactores de las farsas y autos sacramentales que se habían de representar en las plazas públicas, de los que haremos larga descripción al tratar de la Historia de la Eucaristía; mas por lo que respecta observar aquí, tanto en este siglo como en el XVII, fueron muchos los artistas aficionados á semejantes trabajos, por las ventajas religiosas que se obtenían en un principio; y así no estará de más que recordemos los nombres del jesuíta P. Alonso de Heredia, del P. M. Juan Alvarez, del portugués Juan Vaz y del canónigo valentino Tárrega, que escribieron á este propósito dramas eucarísticos. Otro portugués, Antonio Pires, compuso ocho autos sacramentales. Al lado de algunas farsas y autos anónimos, varios de ellos en latín, que aparecieron en el siglo del renacimiento, dieron á luz los suyos, Juan Timoneda y los franciscanos Fr. Toribio de Benavente en la América española, Fr. Juan Bautista y Fr. Andrés de Olmos, el dominico Fr. Martín de Acebedo, el jesuíta P. Juan de Cigoronde, y Fernán López de Yanguas. Cierra en fin las glorias poético-eucarísticas del siglo XVI, por más que sobre todos deba contarse, el fénix de los ingenios españoles, el tan justa-

mente celebrado en todo el mundo por príncipe de los poetas y dramaturgo universal, el presbítero D. Frey Lope Félix de Vega Carpio, del hábito de S. Juan. ¿Será posible contar sus preciosas composiciones sacramentales? Hasta ahora no se sabe, empero se han llegado á reunir 400. He aquí una bellísima poesía sacramental de Lope de Vega, momentos en que arrepentido se dirigía á Dios:

Pues eres tan liberal
Que habiendo yo sido tal
Ya me has sentado á tu mesa.
Y qué más notable prueba
De esa piedad que bendigo
Que dejar que tu enemigo
La misma sangre te beba?

Quisiera enumerar todos los poetas notables de nuestro parnaso eucarístico que lucieron en el siglo XVII, pero los límites de nuestro asunto no lo permiten. Puede para esto consultarse el Cancionero Eucarístico del P. Solá y las notas para la formación de un cancionero del Santísimo Sacramento por Guinot; empero dando algún desahogo á nuestra estrechez, recordaré en primero y distinguido lugar á D. Pedro Calderón de la Barca, del orden de Santiago, que, de su trabajo de treinta años continuos, componiendo autos sacramentales, sólo se han logrado reunir unos 72: es otro ingenio semejante á Lope, si es que no le supera; el maestro José de Valdivielso, insigne lírico y dramático, otro segundo genio español de su siglo, nos legó muchas poesías sacramentales y número considerable de elegantes autos, aunque sólo doce vieron la estampa. Entre los demás escritores de autos sacramentales merecen lugar D. Francisco de Rojas y Zorrilla, D. Juan Bta. Diamante, Luis Vélez de Guevara, Arriaga, Belmonte, y los portugueses Fr. Antonio de Lisboa, Diego Carvalho de Figueredo, Pacheco y Correa. Compusieron romances D. Pedro Fernández del Campo y D. Antonio Hurtado de Mendoza; poemas, el licenciado D. Miguel Casbas y el canónigo D. Bartolomé Carrasco de Figueroa y Sor Juana Inés de la Cruz, de la

América; villancicos, el maestro Ortells; cánticos, el francés Corneille; una plegaria, el italiano Metastasio; un soneto, otro italiano, Francisco Lumene; y el inglés Ricardo Cras-haw, Góngora, el inmortal Cervantes, Quevedo, Solís y Miguel Cid redactaron otros géneros de poesías eucarísticas. Pasando al siglo XVIII, notamos gran decadencia en nuestra patria á la que aventajaron las demás naciones; pero no por eso dejaron de ser notables, D. Antonio de Oviedo Herrera, Sor Gregoria de Santa Teresa, con otras religiosas, D. Blas Nasarreno, Reinoso, Nicasio Gallego, Alberto Lista, los franciscanos Manuel de Navarrete y Fr. Antonio Pannes, Olavide, Fr. José Morales, Ignacio de Luzán; los franceses, jesuita Lambillote, carmelita Hermann y los italianos Costa, Anquilesis, Marchetti, Pellico y Manzoni. He aquí un fragmento de una preciosa poesía á Jesús Sacramentado, por Lista:

La gloria de Dios vivo
 En la morada de los hombres brilla;
 Mortales, humillaos; suba el incienso
 En ondulante nube
 Y el ruego humilde al trono del Inmenso.

.....

.....

El pasado siglo ha restaurado de un modo notable el parnaso sagrado de la Eucaristía, produciendo eminencias, como Balmes, Setgas, Raimundo de Miguel, Aparisi y Guijarro, Coll y Vehi, Pastor y Aicart, médico de Benejama, Peralta y Valdivia, Ramón Valle, de Méjico, P. Gascó, Antonia Gili Güel, Muñoz Pabón etc. etc.; en particular estos últimos que son de nuestros días.

II

Si la Poesía, empero, ha sido una de las primeras artes que ha tejido sus estéticas flores en la variada y brillante guirnalda eucarística, la *Elocuencia* que la sigue, no ha sido menos diligente en reunir sus galanos y odoríferos claveles para que también formen parte de aquélla. ¿Qué raudales

divinos de este cautivador arte no brotaron de S. Ignacio de Antioquía, al hablar á sus diocesanos del Sacramento Augusto; del mártir S. Justino al comprobarle; de Orígenes al vindicarlo contra Celso; de S. Crisóstomo y S. Agustín, al manifestar desde la cátedra sus grandezas? ¿Qué torrente de doctrina y afluencia no salió de los labios de S. Cirilo de Alejandría, al defender en el Concilio de Éfeso contra Nestorio la verdadera Carne de Cristo Sacramentado; de un Lanfranco contra Berengario, de un S. Gregorio VII, en los concilios que convocó en Roma contra la doctrina antieucarística del mismo heresiarca, y de un S. Antonio de Padua contra los herejes sacramentarios? ¿Qué prodigios no obró la Omnipotencia en el acto mismo en que S. Francisco de Asís, Santo Tomás de Aquino, S. Juan de Capistrano y S. Jácome de la Marca predicaban el dogma venerando de la Eucaristía? ¿Qué trabajos, qué preparación, qué acertados y conmovedores discursos del Sacramento Santísimo, no pronunciaron S. Vicente Ferrer, S. Lorenzo Justiniano, Santo Tomás de Villanueva y el Beato P. Avila? ¿Qué frases tan elocuentes, qué rasgos de amor divino, qué ideas tan felices las proferidas por S. Pedro de Alcántara, Fr. Luis de Granada, S. Carlos Borromeo, Beato Nicolás Factor y el V. Baltasar Alvarez, argentinas lenguas de la Eucaristía? Volviendo la vista á S. Ignacio de Loyola y á S. Felipe Neri, admiramos las continuas y eficaces exhortaciones que dirigían á sus hijos para que nunca cesasen de predicar los efectos de un Sacramento de Amor, y cuánta es la utilidad que nos reporta el recibirle con frecuencia, antes bien ellos mismos practicaban lo que deseaban ver ejecutado por sus súbditos. Si la desviamos de estos dos aguerridos campeones de la fe para fijarla en S. Francisco de Sales, contemplaremos á este varón providencial y admirable por su fecunda elocuencia, convertir mediante su predicación á 70.000 calvinistas que negaban absolutamente nuestro augusto Misterio; y si la concentramos en los PP. Salmerón y Laínez, deputedos por el Concilio Tridentino para hablar del dogma Eucarístico contra los errores del impío Lutero, podremos

maravillarnos al ver cómo juegan, por decirlo así, con las Escrituras, con los Santos Padres y Doctores, disipando por su medio los negros fantasmas que aquel heresiarca forjar intentara; dos horas sin interrupción estuvieron los padres de aquel Concilio pendientes de Láinez; tanta era su facundia, tanta su doctrina. Otros dos jesuitas no menos notables S. Francisco de S. Jerónimo y el P. Maldonado, cada uno en su esfera de acción, arrebatában al auditorio, en ocasión de representarles oralmente las finezas de Jesús Sacramentado. Bossuet, Fenelón, Valois, Croisset, M. de Puy, Legand, Bretonneau y Bourdaloue en Francia; S. Leonardo, S. Ligorio, Montefranco y Bambillotti, en Italia; Blair, Tillontson y Faber en Inglaterra; Viera y Almeida en Portugal; Lanuza, Buldú, Ráulica, Sanz y Forés, Yagüe, Casanova, con otros muchos en España; Parra en América. ¡Qué oradores! ¡Cómo supieron encomiar el más sagrado de los Misterios! Sus nombres serán en todos los siglos, acreedores á ocupar una brillante é inmortal página de la historia (1).

III

Respecto de los modelos de *Literatura eucarística* será cuestión de tratarlos en la Historia de la Eucaristía, á cuyo lugar remito al lector.

Pero el *Canto* y la *Música* que en este tercer párrafo, por unos momentos van á ocupar nuestra atención, como que ambas liras, vocal é instrumental, hemos de presentar de un solo punto de vista, por guardar entre sí una afinidad casi inseparable para su perfecta ejecución, son otro género de semiespirituales bellezas que hermocean las ya colocadas en la guirnalda eucarística. La Música, dice el sabio Le-Noir, ofrece la imagen más elocuente y más clara de la grande armonía de las creaciones divinas; de la combinación de sus dulces acordes, resulta una palabra dicha al alma; expresa mejor que ninguna otra las sublimidades de Dios y de la naturaleza, palabra que extasía el corazón con las más suaves dulzuras.

(1) Véase la Eucaristía y la Civilización universal; al fin.

¿Qué diré de la Eucaristía respecto de estas artes querúbicas? ¿qué influencia no ha ejercido en la formación, en el desenvolvimiento, en el apogeo y en la completa perfección del canto y de la música? ¿qué deben éstas á la Eucaristía? Puntos no difíciles de resolver son los propuestos, si se recuerda la historia de ambos en lo que respecta á la Iglesia. Podría asegurarse sin faltar á la verdad, que sin la Eucaristía no habría música tal cual hoy la vemos en su mayor grado de esplendor; ya que por la Eucaristía exclusivamente, la Iglesia se esforzó en emplear para su culto dichas armonías; y de la Iglesia salieron los genios que impulsaron estas artes, perfeccionadas con el tiempo por los discípulos de aquéllos. Los graves y sentimentales cantos de las catacumbas en la celebración del Sacrificio y oficio divinos, dieron lugar á los unísonos, pero dulces, á los recitados, pero solemnes y tiernos del tiempo de la paz Constantiana; bien pronto S. Silvestre, á principios del siglo IV, y S. Hilario en el V, fundaron escuelas de cantores, *scholæ cantorum*, que fueron restauradas y perfeccionadas por S. Gregorio Magno á últimos del VI siglo, y él mismo compuso melodías para el Sacrificio. S. Juan Damasceno practicó esto último en el Oriente, inventando un método de canto más fácil, perfeccionado después por el monje y obispo Mauropus. S. Leandro, á principios del siglo VII, compuso varias obras musicales para su Iglesia, y Comancio, obispo de Palencia, S. Eugenio, S. Ildefonso y otros varones notables, no menos por su piedad que por su ciencia y gusto, cultivaron el mencionado arte. Por esta época, extendido y arraigado ya el órgano bizantino, pudieron los compositores de canto dar á éste un giro especial, de conformidad con las notas dulcisonas de aquél, resultando las composiciones para el culto, de una novedad tan extraordinaria, que lo mismo era entrar en un templo católico de alguna categoría, cuando se celebraban funciones, que quedar embelesado en sus armonías. En el siglo XI, Guido de Arezzo, al inventar las notas musicales, dió un nuevo giro al canto y, al lado de la forma monódica ó recitativa, se empleó